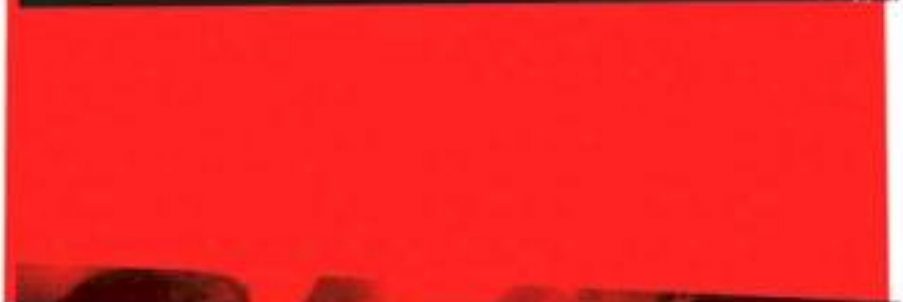


# William Boyd

## Trío



Estamos en el verano de 1968, el año de los asesinatos de Robert Kennedy y Martin Luther King, de las barricadas en París y del caos en Vietnam. En este mundo convulso, en el que en cada día parecen pasar semanas y en cada semana parecen concentrarse años, coinciden los tres protagonistas de esta historia: un productor, una novelista y una actriz. Talbot, que lucha por sacar adelante una película, oculta algo en su apartamento; Elfrida intenta ahogar su bloqueo como escritora en litros de vodka; Anny, tan glamurosa, se pregunta por qué la CIA está de repente tan interesada en su vida. Trío es una novela trepidante que pone sobre la mesa una pregunta fundamental: ¿qué hace que nuestras vidas merezcan la pena y, sobre todo, cómo actuar si descubrimos que no es así?

*Para Susan*

La mayoría de la gente vive su verdadera vida, la más interesante, en secreto.

ANTÓN CHÉJOV

Solo existe un problema filosófico serio, y es el suicidio. Decidir si merece la pena vivir la vida o no es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Todas las demás se derivan de ella.

ALBERT CAMUS

---

**Duplicidad**  
**Brighton, Inglaterra, 1968**

# 1

Elfrida Wing se movió, refunfuñó y cambió de postura en la cama, medio adormilada, cuando el sol oblicuo de la mañana de verano iluminó el dormitorio, imprimiendo muy cerca de su almohada un rectángulo torcido de luz entre limón y oro sobre las motas verde oliva del papel pintado. Despertada por el resplandor que se acercaba centímetro a centímetro, abrió los ojos y se quedó mirando la pared, enfocándola con cierta dificultad, tratando de obligar a su cerebro comatoso a ponerse en funcionamiento, a pensar. Como de costumbre, en el momento de despertarse se sentía fatal. Le parecía estar viendo un diseño de hojitas afiladas, muy delicadas, pensó. ¿O eran pájaros? ¿Siluetas de pájaros? O quizá fueran simples pinceladas y manchas verde oliva que evocaban imágenes de hojas y pájaros.

Daba igual. Hojas, pájaros o motas al azar: ¿qué importancia tenía a gran escala? Salió de la cama y, despacio, se puso la bata encima del pijama. Bajó las escaleras con el mayor sigilo posible, cerrando los ojos cada vez que crujió un peldaño, con una mano bien sujeta a la barandilla, intentando olvidarse del dolor de cabeza brutal –como si se le resquebrajara el cráneo– que, ahora que estaba de pie, había empezado a latir detrás de los ojos, inflándolos rítmicamente por compasión, o esa sensación tenía. Entonces se acordó de que Reggie se había ido hacía un buen rato al rodaje, con las primeras luces. Podía relajarse.

Se detuvo, tosió, se tiró un sonoro pedo y terminó de bajar las escaleras escandalosamente, entró en la cocina

con pasos largos y abrió de golpe la puerta del frigo para coger el zumo de naranja. Cortó la esquina del cartón y se sirvió medio vaso antes de volverse hacia el armario de los condimentos y sacar la botella de vinagre blanco de Sarson que guardaba allí, detrás del paquete de azúcar. Añadió un buen chorro en el zumo de naranja. A veces lamentaba que el vodka no tuviera más sabor, como la ginebra, aunque reconocía que esa neutralidad era precisamente su mayor aliada. Un vaso de vodka con agua del grifo era lo que tomaba a diario para entonarse cuando Reggie estaba en casa. Por suerte, él nunca cuestionaba su sed casi constante ni preguntaba por qué había siempre en el armario tantas botellas de vinagre blanco de Sarson. Elfrida se sentó a la mesa de la cocina y se bebió el vodka con zumo de naranja a sorbitos, lo terminó enseguida y se sirvió otro vaso, hasta que notó el zumbido, el golpe tranquilizador. El dolor ya estaba desapareciendo.

El título de una novela le vino misteriosamente a la cabeza, sin pedirlo. *El hombre en zigzag*. Casi se imaginaba la cubierta. Una inteligente composición de las dos zetas; puede que en distintos colores el «zig» y el «zag»... Se sirvió más zumo de naranja, volvió al armario a por la botella de vinagre y vació en el vaso el dedo que quedaba. Tenía que comprar otra botellita de vodka, pensó. O dos. Buscó su libreta de notas y anotó el título. *El hombre en zigzag*, Elfrida Wing. Había anotado docenas de títulos de posibles novelas, vio mientras pasaba las páginas: *El verano de las avispas*, *Petrificado*, *El acróbata*, *Guapa a morir*, *Una semana en Madrid*, *La regla de oro*, *Oscuro elogio*, *Jazz*, *Equinoccio de primavera*, *El proceso de iluminación*, *Sol fresco*, *Misterio en un pueblo*, *Alejamiento*, *Entrada de artistas*, *De Berlín a Hamburgo*, *El golpe de la hoz*, *Un intervalo en la Riviera*, *Un viaje seguro siempre adelante*, *Caída*: títulos y títulos de novelas no escritas. Y ahora podía incluir en la lista *El hombre en zigzag*. Los títulos eran la parte fácil: escribir la novela era el gran desafío. Bebió un tra-

go de zumo y de repente se puso triste. Habían pasado diez años, pensó con pena, desde que publicó su última novela, *El gran espectáculo*, en la primavera de 1958. Diez largos años en los que no había escrito una sola palabra: solo listas y listas de títulos. Se terminó el zumo con sensación de entumecimiento y el escozor de las lágrimas en los ojos. «Deja de pensar en las malditas novelas», se ordenó, enfadada. Tómate otra copa.



## 2

Talbot Kydd se despertó de pronto en mitad de un sueño. Había soñado que estaba en una playa grande, y un joven desnudo salía de entre las olas, saludándolo con la mano. Se sentó en la cama, medio dormido aún y miró a su alrededor. Sí, estaba en un hotel, claro, no en casa. En otro hotel: a veces pensaba que se había pasado la mitad de la vida en hoteles. En realidad le daba lo mismo: la habitación tenía un tamaño generoso y el baño funcionaba perfectamente. No necesitaba más para su estancia. Londres estaba cerca, y eso era lo principal.

Sacó las piernas de la cama y se levantó despacio, parpadeando; se estaba frotando la cara cuando sonó la alarma del despertador. Las seis. Qué hora tan absurda de empezar el día, pensó, como hacía siempre cuando su trabajo imposible le imponía estas exigencias. Sin moverse del sitio, se estiró con cuidado, subió los brazos por encima de la cabeza unos segundos, como si quisiera tocar el techo, hasta que oyó el crujido de las articulaciones, y entonces pasó tranquilamente al cuarto de baño.

Tumbado en la bañera y rodeado de vapor, pensó de nuevo en el sueño que había tenido. ¿Era un sueño o era un recuerdo? En cualquier caso agradablemente erótico, y sobre un chico joven, pálido y esbelto... ¿O era su hermano Kit? ¿O una foto que había hecho en realidad, uno de sus modelos? Recordaba el cuerpo pero no la cara. Intentó recuperar más detalles, pero los recuerdos del sueño no cuajaban y el chico seguía siendo inmutablemente genérico: atractivo, delgado, inidentificable.

Se afeitó, se vistió –traje clásico gris carbón, camisa blanca, corbata del regimiento de Infantería Ligera de East Sussex– y se pasó el cepillo dos veces por las sienes casi blancas. Las luces del techo del cuarto de baño le iluminaban la calva pecosa. «Calvo a los veinticinco años –dijo una vez su padre–: Espero que seas hijo mío». Fue un comentario muy desagradable para un chico avergonzado por la calvicie prematura, pensó Talbot, y se acordó de su padre, que tenía una buena mata de pelo pajizo, ondulado y peinado hacia atrás, como un hombre enfrentado a un temporal. Pero como la amabilidad no era una virtud que pudiera asociarse con Peverell Kydd, el desliz tal vez fue una muestra de sincera sospecha...

Bajó por las escaleras al comedor, para desayunar, y se quitó de la cabeza los recuerdos de ese cabronazo. Peverell Kydd llevaba ya dos décadas muerto. Bien. A la mierda, él y su sombra.

Estaba casi solo en el comedor del Grand, porque era muy temprano. Una pareja de mediana edad con ropa de *tweed* y un chico gordito con el pelo hasta los hombros que estaba fumando, esos eran sus tres compañeros. Talbot pidió como siempre su arenque, se bebió cuatro tazas de té y se comió dos rebanadas de pan blanco con mermelada de frambuesa mientras observaba perezosamente la lenta transformación de un rombo de sol en un triángulo isósceles sobre la alfombra de color granate. Un día soleado, perfecto para Beachy Head.

Casi se había terminado la quinta taza de té cuando apareció Joe Swire, su coordinador de producción, y le pidió una jarra de café a la camarera joven y guapa, con una mancha de nacimiento en el cuello. ¿Por qué se fijaba en esos defectos –pensó Talbot– en vez de celebrar la inocente belleza de la camarera? Y miró a Joe, sentado enfrente de él: un chico joven y guapo al que afeaban los dientes picados y amontonados.

–Suéltalo despacito, anda –dijo Talbot, mientras Joe consultaba la carpeta con la agenda y el horario del día.

–Los Appleby han aplazado la cita –anunció Joe.

–Estupendo.

–Pero han pedido otra copia del contrato de Troy.

–¿Por qué? Ya lo tienen. Lo firmaron.

–Ya lo sé, jefe. Y Tony está enfermo.

–¿Qué Tony?

–El director de fotografía.

–¿Qué le pasa?

–Ha cogido la gripe.

–¿Otra vez? ¿Qué vamos a hacer?

–Que lo sustituya Frank.

–¿Frank?

–El operador de cámara.

–Ese Frank: vale. ¿RT está de acuerdo?

–Parece que sí.

Charlaron un rato mientras repasaban la agenda y anticipaban posibles problemas. Talbot era consciente de que confiaba demasiado en la experiencia de Joe para garantizar el buen funcionamiento del rodaje. No le gustaban nada los intrínquilos del rodaje; no era su fuerte. Por eso contrataba a un tipo resolutivo como Joe, para que se ocupara de lo que en realidad eran obligaciones suyas. Era consciente de que tenía que esforzarse más y mostrar más interés, por ejemplo, en recordar el nombre de la gente. Ese fue uno de los principales consejos de Peverell Kydd. Si sabes cómo se llaman y cuál es su oficio te conviertes en un dios para ellos, o al menos en un semidiós. Como ocurría con la mayor parte de los sabios consejos de su padre, Talbot era reacio a aceptar este. «Haz lo que quieras en la vida, hijo –le repetía su padre–, pero no te metas en la industria del cine; no es para ti». Se lo advirtió con estas palabras. Y ¿qué hizo Talbot?: era productor, con más de doce películas en su haber. Como su padre, aun-

que Talbot no era una leyenda; definitivamente no lo era, y tampoco tan rico como él.

Se recostó en el asiento y soltó el aire. ¿Por qué se había levantado así, amargado y cascarrabias?, pensó. Hacía sol; iban por la quinta semana, casi por la mitad del calendario previsto; había habido crisis, por supuesto, pero ninguna catastrófica. Tenía dinero suficiente, un matrimonio feliz, buena salud y unos hijos adultos que prosperaban en la vida, a su manera... Entonces ¿qué le picaba?

—¿Estás bien, jefe? —le preguntó Joe, como si notara el mal humor de Talbot.

—Sí, sí. Todo en orden. ¿Vamos a trabajar?

### 3

Anny Viklund se despertó y, como hacía todas las mañanas mientras recuperaba poco a poco la conciencia, se preguntó si ese sería el día de su muerte. ¿Por qué le venía a la cabeza esta morbosa pregunta todas las mañanas, sin excepción? ¿Por qué era su primer pensamiento que este día, recién empezado, pudiera ser el último de su vida? «Estúpida. No pienses esas cosas, estúpida». Se quedó un rato acostada, concentrándose, hasta que tomó conciencia poco a poco del chico que estaba a su lado, dormido como un tronco. Troy. Sí, claro. Troy se había quedado a dormir... Se frotó los ojos. Se acordó de que Troy había sido encantador, de que echaron un buen polvo, con ganas: justo lo que Anny quería, lo que necesitaba.

Se deslizó de la cama y fue al baño, desnuda. Se miró la cara en el espejo, como siempre un poco sorprendida del pelo corto, negro como la tinta y con flequillo. A lo mejor se lo dejaba así y no volvía a ser rubia nunca más. Hizo pis, se lavó los dientes y volvió al dormitorio.

Troy estaba sentado en el lado de la cama de Anny, hurgándose entre el pelo castaño y denso con los dedos agarrotados. Sonrió al verla.

–Lo de anoche estuvo muy bien, ¿no? –preguntó, visiblemente satisfecho de sí mismo.

–¿Tú crees? –Anny volvió a la cama y se sentó, abrazándose las rodillas.

Troy le enseñó su erección matinal.

–Yo diría que tiene ganas de más –se acercó y le dio un beso a Anny en la rodilla izquierda.

–Tenemos que estar en el rodaje dentro de una hora. No sabrán dónde estás.

–Mierda. Sí. Es verdad –Troy puso mala cara. Miró a Anny–. ¿Cómo es que tienes el vello púbico de distinto color que el pelo? ¿Eh?

Anny sonrió. Cayó en la cuenta en ese momento de que esa era una pregunta típica de Troy.

–Me he teñido el pelo. El de la cabeza.

–Entonces ¿eres rubia natural? Me gusta.

–Mi familia es sueca.

–Sí, pero tú eres de Estados Unidos.

–Eso no afecta a mis antepasados.

Troy se levantó y dio una vuelta por la *suite*, buscando su ropa.

–Más vale que vuelva a mi habitación –dijo vagamente.

Anny lo miró mientras se vestía. Sabía que Troy tenía veinticuatro años, o sea, casi cuatro menos que ella. A lo mejor por eso se había acostado con él. «Me he acostado con demasiados tíos mayores –pensó–: primero Mavrocordato, luego Cornell, luego Jacques... Se me había olvidado cómo era hacerlo con un chico joven». Llegó a la conclusión de que Troy era muy mono, casi inocente: sí, seguía pensando en que la vida era para divertirse. Agachó la cabeza y apoyó la frente en las rodillas. El movimiento le hizo acordarse de Jacques. Era uno de sus dichos: el mundo se divide entre la gente que agacha la cabeza y la que no... ¿Dónde estaría Jacques? ¿En París? No, dijo que iba a África, a reunirse con un presidente depuesto en el exilio. ¿Cómo se llamaba? Nkrumah. Sí. Muy propio de Jacques. Un viaje a África para conocer a un presidente: Anny siempre se olvidaba de que Jacques era muy famoso en Francia. Levantó la cabeza. Troy estaba delante de ella, ya vestido, con los vaqueros y la chaqueta de ante, mirándola.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Sí, claro. Me lo he pasado muy bien. Estoy muy contenta.

Troy se sentó en la cama y le dio un beso.

–¿Qué vamos a hacer?

–No podemos decírselo a nadie –dijo Anny–. Nadie puede enterarse.

–Pero yo quiero volver a verte. Muchas veces –le acarició la mejilla con los dedos–. Eres genial, Anny. Me gustas mucho. Nunca he conocido a nadie como tú.

–Pues tenemos que tener mucho cuidado. Ser discretos. No se puede enterar nadie. Nadie puede adivinarlo o sospechar –siguió pensando–. Mientras estemos rodando en el plató tenemos que ser profesionales: ya sabes, amigos.

–Un poco difícil ahora.

–Nadie puede enterarse, Troy. Mi vida es demasiado complicada.

–Vale –Troy se encogió de hombros–. Como quieras, tendremos mucho cuidado. Al fin y al cabo somos actores. Bueno, tú lo eres –la miró con perspicacia–. ¿No estarás casada?

–Estoy divorciada. Pero tengo... Otro amigo.

–¿En Estados Unidos?

–En París.

–Eso está muy bien –Troy sonrió–. Ojos que no ven, corazón que no siente.

–Ojos que no ven pero corazón que siente mucho.

De repente, Anny le cogió del cuello y le acercó la cabeza para besarlo apasionadamente.

Se separaron. Troy parecía un poco aturdido.

–Vete –dijo Anny.

–Anny, yo puedo...

–Vete.

–No.